



# Madrid COMICO

Director: SINESIO DELGADO

RAFAEL SALILLAS



Un médico notable  
y escritor distinguido  
que hasta escribe comedias  
en los ratos perdidos.

## SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sistemas de hacer comedias, VII, por Ricardo Monasterio.—El lecho de Colón, por Eduardo Rusillo.—Las apariencias, por Jacinto O. Picón, dibujos de Cilla, fotografías de Roma y C.—El señor Noé, por Juan Pérez Zúñiga.—Balada, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Anuncios.  
GRABADOS: Rafael Salillas.—Quid pro quo.—Anuncios, por Cilla.



Figueira.

Quizá sea ésta mi última crónica de Portugal. Dentro de breves días abandonaré estas playas, donde he encontrado cariñosa acogida, alimentación sana y aire bienhechor. Lo único que no he encontrado ha sido dinero, porque aquí nadie lo tiene, y la prueba está en que hay un conde banista que pierde dos ó tres *tostones* á la ruleta y hay que darle tila, porque al hombre le entra una agitación tan grande que parece que se va á morir.

Como presencia, la tiene superior, y el que le vea en la playa con su buena cadena de dúblé fino y su corona conchal en el puño del bastón, creará que aquél es un hombre adinerado. Todo menos eso: el tal conde, según noticias que he recogido en círculos autorizados, no tiene sobre qué caerse muerto, y todavía le debe cincuenta reales á un dentista de Oporto que le empastó una muela.

Decía que aquí hay poquisimo dinero, porque la situación del país es crítica por demás: los negocios están paralizados, la industria muerta, la agricultura estancada y la religión de capa caída. Ayer vi un cura vendiendo lenguados en la plazuela, y no pude menos de preguntarle:

—¿Cómo es eso? ¿Dónde se ha visto que venda lenguados una persona con carácter sacerdotal?

Y él me contestó:

—¡Ay, hijo! Los tiempos son de prueba, y hay que agarrarse á cualquier cosa.

Probablemente tendremos que abrir una suscripción entre los banistas para que el conde pueda volverse á su condado, y otra suscripción para que el cura se asee, pues lleva unos pantalones imposibles, y en cuanto se baja, enseña el cutis.

La situación es difícil, pero no se conoce á primera vista. La gente veranea, baila, toma baños calientes, fuma y juega á la ruleta.

El otro día hubo aquí una fiesta elegante, titulada *Relly-paper*, y que consiste en lo siguiente: varios jóvenes á caballo, vestidos de monos, con cazadoras coloradas, parten veloces en busca de una pista formada con papeles de colores sobre un terreno accidentado. El mérito del jinete consiste en encontrar la pista, venciendo todos los obstáculos, y romperse la cabeza si es preciso. Felizmente no hubo víctimas, y eso que alguno de los caballos parecía hecho en casa, y á duras penas podía sostener al jinete. Más que caballo parecía un catre de lona doblado por la mitad.

Pero la gente se divirtió muchísimo, y daba gusto ver á los jóvenes del *sport* luciendo su gentileza y dirigiendo miradas incendiarias á las chicas que formaban el público. Uno de los caballeros se dirigió á un grupo de señoritas españolas y hubo de clavar sus ojos en una de ellas, natural de Torrejoncillo.

La chica experimentó tal conmoción, que por poco se vuelve loca allí mismo, y entonces su papá, que es muy buena persona, aunque algo bruto, feé y le dió una trompada en un ojo, diciéndola por lo bajo:

—Á ver cómo no me pones en ridículo ante una nación extranjera.

Hoy el joven está resuelto á todo: á pedir la mano de la de Torrejoncillo, á ponerse en relaciones con ella, á vender el caballo y á casarse.

Siempre de estas fiestas hípicas resulta algo práctico: ó se casa uno ó se rompe una pierna, que viene á ser lo mismo.

\* \* \*

Si por algo deseo marcharme es por las moscas.

Estos animalitos veranean en Setiembre, siguiendo la costumbre del país, y aquí se han venido algunos millones de ellos con el exclusivo propósito de divertirse y mortificarnos.

Mientras escribo tengo cubierta la cabeza con una toalla, y así y todo, no puedo descansar. Unas me pican las manos, otras recorren las cartillas alegremente, entregándose á sus juegos favoritos, y otras vuelan desde la pluma al tintero, del tintero á mi nariz y de la nariz á un retrato de Cerbón que tengo sobre la mesa.

No hay medio de librarse de esta plaga, que se introduce en las alcobas, en el lecho, en la cocina y hasta en los bolsillos. Va uno á sacar el pañuelo y saca diez ó doce moscas; va á ponerse las zapatillas, moscas; se acuesta uno, moscas; se lava, moscas; se pone á comer, moscas...

¡Qué horror! Yo conocía las moscas gallegas, que son de una insistencia y una terquedad desesperante; pero al lado de las portuguesas me parecen hasta simpáticas y cariñosas. Estas de aquí no se molestan por nada del mundo; se las echa de la nariz y se ponen en la mejilla; se las vuelve á echar y regresan inmediatamente para colocarse en un ojo, hasta que, en vista de la inutilidad del trabajo, deja usted que se posen donde gusten.

Yo tengo una en este momento sobre el dedo gordo de la mano derecha, y ya me voy acostumbrando al picor y á las cosquillitas. Tengo otra en un hombro desde esta mañana, y ya no me molesto en echarla, porque sé que no se ha de ir hasta que me acueste.

Hay momentos en que son tantas las moscas de mi casa, que ni podemos hablar, ni comer, ni divertirnos, porque nos pasamos el día dando manotones y protegiéndonos los unos á los otros contra esta invasión formidable.

El otro día dejamos olvidado un pastel sobre una mesa, y antes de media hora ya se lo habían comido.

Y es el caso que hasta ahora no habíamos notado la presencia de estos insectos aborrecibles: había algunos, pero picaban con más discreción y se retiraban pacíficamente en cuanto se les hacía la indicación más insignificante. Hoy nos mortifican hasta un punto inconcebible, y quejándonos de nuestra desgracia, nos dijo un portugués:

—Ustedes los españoles se impresionan demasiado y no tienen calma para soportar las molestias. Nosotros vivimos entre moscas y lo pasamos perfectamente.

En efecto, he reparado que muchos portugueses llevan encima doscientas moscas y no dicen una palabra. Son moscas conocidas que han traído de su pueblo, y no sólo las soportan, sino que las mantienen.

Y á lo mejor se oye preguntar en casa de una familia procedente de la Beira Alta:

—Manuela, ¿has echado de comer á las moscas?

—Me he olvidado.

—¡Pobrecillas! Ponles un poquito de azúcar sobre la mesa del comedor, que estarán en ayunas.

—No es necesario. Dentro de poco nos pondremos á comer, y ya vendrán las pobrecitas á participar de nuestros platos.

Estos portugueses tienen unos sentimientos muy humanitarios y una dulzura de carácter que para mí la quisiera.

LUIS TABOADA.

## SISTEMAS DE HACER COMEDIAS

VII

Bien las escriba yo solo, bien en colaboración, á la familia de Apolo no le pido inspiración, entre otras varias razones, porque aunque se la pidiera, iba á decirme que enones, pues para sí la quisiera. Sin su inspiración me peso. Yo de los *divos* me río y de *Olympus* no hago caso.

Es un modo de ser mío, y sin reglas ni razones, por ese modo de ser escribo mis producciones como Dios me da á entender, muchas veces, sin un plan ni un asunto por delante. Yo soy bastante holgazán, pero bastante, ¡bastante! y esta cualidad maldita quiere sacar... del tintero.

una zarzuela bonita  
que me dé mucho dinero.  
No se suele así jugar,  
pero lo que me ha perdido  
es que así la he ido a sacar,  
y ¡cuánta vez ha salido!  
Me ocurre frecuentemente  
hacer solemnemente  
de leer al día siguiente  
una obra mía á una empresa,  
sin tener en el momento  
ni una idea ni un renglón,  
y he explicado... el argumento  
situación por situación.  
Empiezo á mentir, y sale  
una cosa que improviso,  
y luego, aquello me vale  
y salgo del compromiso.  
Así he escrito más de una  
zarzuela y aun más de dos  
que luego han hecho fortuna  
por esos mundos de Dios.  
Con lo cual yo no sostengo  
que deban hacerse así,  
pero al público me atengo,  
cuando me ha dicho que sí.  
Escribo para él, y yo  
respeto mucho su fallo:

cuando me dice que no,  
lo siento, pero me calla.  
No suelo admitir consejos  
(que acostumbró agradecer)  
y algo á subidos y algo á bajar  
como quien oye lllover.  
Y sus consejos no apunto,  
no por mucha presunción,  
sino porque en este asunto  
tenge formada opinión.  
«Toda obra mía es muy buena,  
muy graciosa y muy bonita  
hasta el día en que se estrena  
y el público me la grita.  
Y en ese difícil arte  
del éxito teatral  
funciona y entra en gran parte  
lo incógnito y lo casual.»  
Yo no soy tan majadero  
que escriba por el amor,  
que lo hago por el dinero,  
que me entrega el editor.  
Por todas estas razones  
y por mi modo de ser,  
escribo mis producciones  
como Dios me da á entender.

RICARDO MONTANERIO.

## EL HUEVO DE COLÓN

El huevo de aquel sabio—no el mismo huevo que, expiada la vida de un mundo nuevo, quedó al fin, como cosa que no interesa, roto y abandonado sobre una mesa,—sino el escandaloso y extraordinario que ha de llamar *el huevo del Centenario*, el que no debe España ni á sus galinas ni á las otras de allende las Filipinas, pero sí á un colonoño mondo y lirondo que, al tratarse de glorias, piensa muy hondo, es el huevo que en tela pongo de juicio porque alior á los dos mundos saca de quicio y á expectación provoca, profunda, inmensa, pues sólo de ese huevo trata la prensa y me tiene anhelante, suspenso, bobo, pensando en lo que puede salir *ah ooo*.

El huevo es ahora blanco, luego con pintas, y, anunciado en programas, sale á dos tintas, y anda, sin que se rompa, de mano en mano, antes en las de un indio muy buen cristiano ó en las rebuscadoras de un bibliófilo que está en pos de unos códices en flo-flo.

Luego va á un académico que algo resuelve, y á Sevilla le mandan, después á Huelva, y aquí en Madrid le pegan algún meneo al son de los discursos del Ateneo.

En la prensa, en artículos de varias clases, consideran al huevo por muchas fases, y nuestro Municipio, muerto de risa, vota algunos festejos mal y de prisa, y le arman tremolina sobre los gastos y al Alcalde le quieren tirar los trastos.

Y el huevo pasa á Génova, después á Roma, y el Papa le bendice, y esto no es broma, pues del huevo hacer quieren cuatro bemas una tortilla á secas ó con patatas.

Y como preparamos en los Madriles las fiestas militares y las civiles, ó *Isabel la Católica* saldrá al teatro y habrá lidias de toros lo menos cuatro, ya tengo á mi patrona, Ramona Céspedes, soñando con su casa llena de huéspedes.

Mas yo, en el gran poema *La Colombiana*, de huevo tan ruidoso no espero nada. Y ¡qué dirá, señores, el extranjero, si al fin el huevecito nos sale huevo?...

EDUARDO HUSTILLO.

## LAS APARIENCIAS

Mi amigo contó su aventura de este modo:  
Rosita tenía veinte años; yo veintidós; ella vivía con su protectora, parienta más ó menos auténtica, madrina ó lo que fuese; yo con mi tía Elvira, señora de corazón de oro y carácter de hierro, que siendo hermosa tuvo mal marido, y sin embargo fué honrada. En punto á moralidad y costumbres era intránsigente, pero como su entendimiento no estaba á la altura de su virtud,

tenía ideas equivocadas del bien y del mal. Por ejemplo: para ella, mujer buena era la que no hacía caso á los hombres, y hombre bueno el que no trasnochaba, sin duda porque éste fué el principal defecto de su difunto.



Á mí no me gustaba acostarme temprano ni estar en casa de noche, y de aquí que mi tía me considerase como un saco de pecados. Se equivocaba: la prueba de que no soy malo es que, gustándome extraordinariamente las mujeres, jamás he tratado de conquistar casadas. Fuera de esta virtud de respetar el bien, y hasta el mal ajeno, me muero por ellas. Pero ninguna me ha gustado tanto como Rosita. Era esbelta, rubia, con ojos negros, dulce, alegre, lista, mimosa y tan compasiva que no sabía negarse.

«De qué vivía? No lo sé. Me dijeron, cuando la conocí, que había bordado primorosamente en oro, que era una especialidad en hacer casullas para clérigos y capotes de paseo para toreros: yo nunca la vi trabajar. Su protectora, madrina ó lo que fuese, tenía algún dinerillo: sin duda por esto me las encontraba yo con frecuencia en teatruelos, bailes y tertulias.

Rosita vestía con exquisito gusto: nada de lujo, pero en cuanto á picardía y elegancia para dejar adivinar todo lo que tenía bonito... era lo que había que ver. Aunque me gustaba extraordinariamente, tardé mucho en atreverme á intentar su conquista, contenido por el razonamiento siguiente: Si, apesar de las apariencias, es buena, perderé el tiempo; y si es pecadora, yo no tengo dinero para pagarme festín tan delicado.

Sin embargo, las cosas ocurrieron de suerte que hablando con ella comprendí que no le era antipático y que mi sueño dorado podía realizarse.

Un año por Carnaval tuvo capricho de ir al baile de la Sociedad de Artistas, consintió la madrina y dispusimos la cosa de este modo. Sus amigas Encarnación y Blanca irían á buscarla á su casa con sus respectivos novios, así los llamaban ellas, yo iría también, y á las doce, hora en que la madrina se acostaba ó hacía la vista gorda, nos marcharíamos al teatro. Cuando hablé á Rosita de cenar, me dijo:

—No: lo que harás será comprar al venir jamón en dulce y pasteles; me lo das al entrar y yo lo guardo; luego, después de dar una vuelta en el baile, tú y yo nos escabullimos y nos venimos á casa.

Es decir, que no sólo cedía, sino que cedía con gusto. Aquello no era un contrato de repugnante compraventa; era el choque de la juventud y la belleza. ¿Sería la novedad del pacto lo que sedujo á Rosita?

Me vestí interior y exteriormente con lo mejorcito que tenía, me perfumé sin exceso y llevé todo el dinero que pude: perros grandes para que no se me acercara pobre á quien no diera, plata menuda para coches y flores, duros para los billetes, y uno del Banco de veinte duros por si hallaba ocasión de ofrecérselo á Rosita sin ofenderla.

Ya buscaría yo modo de hablar juntamente de la madrina, de modas, de caprichos y de decir luego: «Bueno, pues toma para que sin que ella lo sepa te compras lo que quieras.»

Figúrense ustedes cómo llevaría yo la cabeza y qué brincos me daría el corazón cuando á las doce en punto comencé á subir aquella escalera pina, estrecha y endemoniada de la calle del Desengaño.

Al llegar al principal me encontré á Encarnación, Blanca y sus dos acompañantes, que bajaban con gran algazara.

—¿Se van ustedes tan pronto?

—Sí—repuso Blanca—la madrina no anda bien, y Rosita está haciéndole una taza de tía. Dice que vaya mos delante, que ahora vendrán ustedes... Como éstos quieren tomar palco, por eso nos adelantamos.

Subí, llamé, ella misma me abrió la puerta, y le entregué el paquete que llevaba oculto bajo la capa y que contenía pavo trufado, jamón en dulce, pastas, pasteles, dulces y una botella de exquisito jerez.

Rosita estaba preciosa: calzada primorosamente, peinada que era una delicia y envuelta en una beta de cachemir blanco abierta de alto á bajo y mal sujeta con lazos de seda negra y rosa, que por entre las junturas de las cintas y la tela dejaban ver ropas interiores finas y blanquísimas.





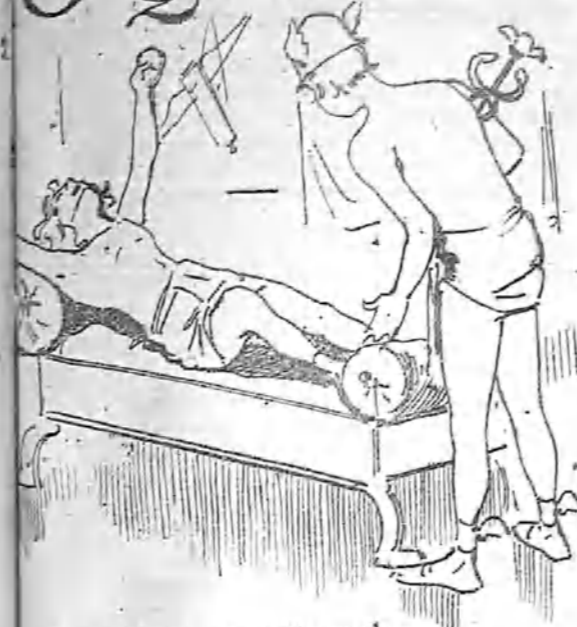
# QUID PRO QUO



Desesperado Ramirez de los desdenes de Aurora, que á los obsequios resiste y á los ruegos se hace sorda,



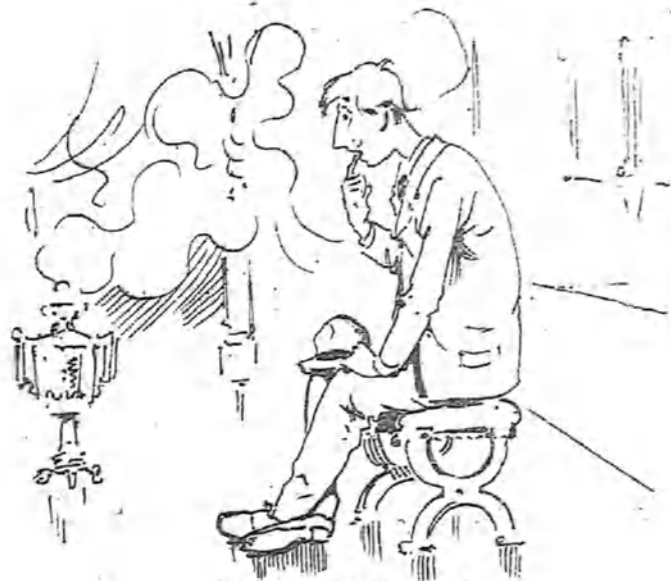
con el decidido empeño de vencer á toda costa, sube al palacio de Venus y pide hablar con la diosa.



Al rapaz, que está cansado, no le hace gracia la broma de que su madre le vaya con cuentos á tales horas;



pero como no hay remedio y como á la fuerza ahorcan, coge el carcaj con las flechas y la venda se coloca



Dicenle que está ocupada en asuntos de gran monta, y espera el pobre, domando la impaciencia que le ahoga.



La esposa infiel de Vulcano, después de dos ó tres horas, llega, del brazo de Marte, riendo como una loca.



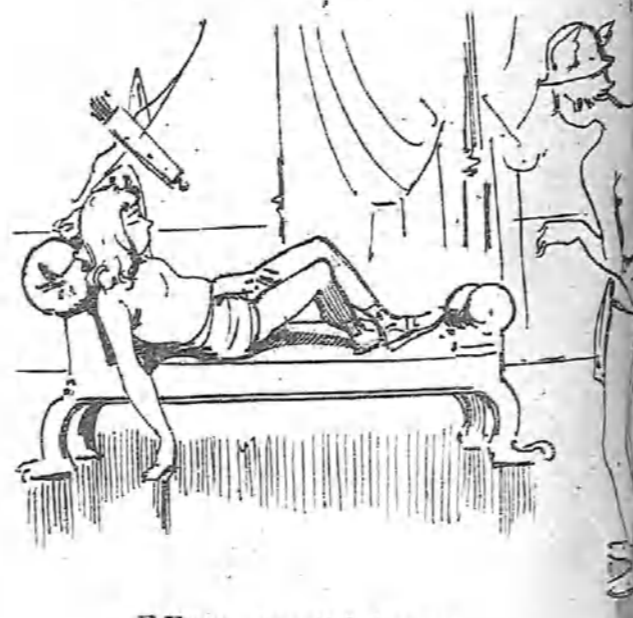
para que Ramirez mande y dirija la maniobra, puesto que le han encargado que á sus órdenes se ponga.



Ramirez, naturalmente, le lleva á casa de Aurora... pero ¡ay!, Aurora ha salido, dejando á la madre sola,



Balbuente y aturdido cuenta Ramirez su historia, para pedir que el objeto de su amor le corresponda.



Y Venus, que está de buenas, por sacudirse la mosca, manda llamar á Cupido, que en su camerino ronca.



y el Amor, que marcha á ciegas, avanza, palpa la ropa, y el dardo ardiente en el pecho ciava á la pobre señora.



La cual se vuelve enseguida de amor por Ramirez loco, ¡y ya, desde entonces, nunca le deja, ni á sol ni á sombra!

—Sientate en ese gabinete y espérame—dijo, echándome una mirada cariñosa.—A la madrina le ha dado eso; pero generalmente le dura poco. Estoy haciéndole una taza de té; enseguida me pongo el vestido, me echo encima el capuchón, y andando. Todo será que lleguemos media hora más tarde.

Eso que solía darle a la madrina, según supe después, era un dolor entre aguda y sordo, entre continuo y á punzadas, entre de estómago y vientre, entre indigestión y cólico, entre flato y empacho... en fin, un misterio patológico. Afortunadamente, la cosa duraba poco. Media hora de rabia, y al otro día tan cam-pante.

Me senté en el gabinete: Rosita atravesó la sala oscura y se perdió en la atmósfera de otro gabinete, tras el cual, á favor de un espejo, se veía la entrada de una alcoba. Apenas sentado comencé á oír ayes de dolor, pero muy débiles. A los tres minutos volvió Rosita con la taza vacía, diciendo:

—Creo que se le pasará. Esperaremos un ratito. Ten paciencia... No quiero fiarme de la criada ni llamarla... Como está tra-

bajando todo el día...

—¡No faltaba otra cosa! Además, á mí el baile me tiene sin cuidado. Sólo quería ir, por ir contigo.

—¿De veras? Pues yo, para que te des tono llevando del brazo una mujer elegante, me he puesto lo mejor que tengo... mira...

Y tomé de sobre el sofá el capuchón, que era de seda color de malva, muy claro, y sujeto al pecho por un grueso manojo de rosas amarillas.

—Vamos —añadió,— que con éste y el vestido de raso negro...

Lo que había que ver no era su ropa, sino su persona, su gracia al andar, al volverse para mirar...

rarme y al sentarse. Por supuesto nada, absolutamente nada había en ella desapudorado insolente, poco correcto ni demasiado libre. Fascinaba sin querer, sin malas artes ni recursos diabólicos.

De pronto vi que llevaba suelto el lazo de un zapatito y le dije señalando el borde del sofá:

—Yo te lo ataré; pon aquí el pie.

Al ir á apoyarse en mi hombro para levantar el pie, sonó hacia la parte de la alcoba un ¡ay! más fuerte que los anteriores, y enseguida otro, y luego otro. Rosita echó á correr.

Durante diez minutos que estuve solo y no cesaron los quejidos me distraje en pasar revista al gabinete, por cierto alhajado con la más rara muestra de buen gusto y poco dinero. Alfombra no muy espesa, pero clara y de dibujo bonito; muebles, unos de madera pintada de blanco con filetes rosa, y otros tapizados con cretona de guirnalda de rosas en fondo blanco; ante el balcón una jardinera llena de plantas; sobre la chimenea un grupo de porcelana de Sajonia moderno, pero muy lindo, y varios jarroncitos para flores, todo muy bien cuidado y todo respirando aroma de mujer joven, limpia y bonita.

La puerta del dormitorio estaba oculta por una gran cortina blanca con franja y cordones rosa. En las paredes dos grabados: la salutación del Ángel y una Magdalena. Nótese la ausencia completa de reloj. Todo parecía dispuesto para que allí se perdiese la noción del tiempo. Al caer mis ojos sobre el capuchón arrojado encima del sofá, mientras oía los quejidos de la madrina, dije para mis adentros con ese egoísmo que inspira lo que estorba nuestro deseo: «Vaya, puede que sea un bien... se hace tarde, esperemos un rato... no vamos...»

Cesaron un punto los ayes y apareció Rosita.

—Le ha dado más fuerte que nunca, pero ya se le pasa.

Y comenzó á deslazar la bata, mirándome dulcemente y diciéndome:

—¿Con qué tan encaprichado estás de mí?

—No es ésa la palabra.

—¿Pues cuál?

—Enamorado, loco.

—¿Cuál? Si fuese hace dos años... no te digo... Ahora, ya... Se me figuró que estas palabras las pronunció bañadas de amargura; pero como soy un poco romántico y me he equivocado varias veces, no quiero afirmarlo.

La madrina lanzó de pronto dos alaridos espantosos, y luego siguió quejándose fuerte, pero con un acento tan poco dramático, produciendo un sonido tan extraño, que daba casi tanta risa como lástima. La ausencia de Rosita duró esta vez más de quince minutos. Saqué el reloj; era la una y cuarto. Por fin volvió.

—Chico, lo siento, pero ya ves, si quieres irte. Porque ya el baile... volé.

—No, yo me quedo contigo; puedo hacerle falta.

—Si se calmara, todavía podríamos ir á dar una vuelta... Escucha, ya no se oye nada.

—¿Quieres traer el jamón y los pasteles? ¿Vamos á jugar á las comiditas? ¿Qué me darás de postre?

—Lo que más te guste.

Sonó un ¡ay! desgarrador seguido de otros más horribles. Rosita echó á correr. Tardó mucho, y me cansé de mirar á todas partes: ya me sabía el gabinete de memoria; conté las rayas del papel, las guirnalda de las sillas, las borlas de los ilcos...

De pronto Rosita se me presentó con una jicara en la mano:

—Hay que ir á la botica. Voy á llamar á la criada... Lo malo... que como es nueva en Madrid no va á acertar.

—¿Qué hay que traer?—dije poniéndome en pie, é imaginando que un calmante para la madrina podría contribuir á su felicidad.

—¡Dios te lo pague! Anda, la botica de la esquina; dí que es para nosotras. Aceite de enebro y bálsamo tranquilo.

Cogí la jicara, me dió la llave, bajé de estampía, llamé en la botica, of el renegar del manco, le pedí aquello, rogando que agregase algo de opio, y á los veinte minutos estaba de vuelta. Desde la escalera oí los gritos de la madrina. Rosita me esperaba con la puerta entornada.

—¡Qué bueno eres! Trae, trae pronto.

En el pasillo, como ella llevaba las dos manos ocupadas, una con la palmatória, otra con la jicara, levanté la cortina para que pasara. Entonces, ladeando la cabeza y mostrándome el cuello, me miró con ternura como diciendo «besa»

Y la voluntad del Señor fué hecha.

Luego, mientras ella daba la untura á la madrina, me senté de nuevo en el gabinete. La enferma no cesaba de rugir. Aquello no era quejarse, era poner el grito en el cuarto cuarto. Pocos minutos después volvió Rosita, ya con cara de mal humor.

—Chico, vete si quieres... ó ayúdame á hacer una cataplasma... quiere una cataplasma.

Descorrí la cortina que ocultaba su cama, cogió una bata más sencilla que la puesta, se mudó y fuimos á la cocina.

—¡Cuidado que eres bueno! Anda, alumbrame.

Puso la harina de linaza en una cazuelita, calentó agua, la echó encima, meneó aquello con una cuchara de palo y luego extendió la pasta babosa y mal oliente sobre un pedazo de lienó. ¡Y yo con la vela en la mano!

¡Pero qué hermosa estaba! El escote entreabierto, los brazos remangados, la cara un poco arrebatada por el calor de la maquinilla de alcohol y los ricitos de la nuca sueltos, inquietos y rubios como pámpanos de oro.

—¿Me dejas?... pregunté, y sin aguardar respuesta le di un beso.

—Pues en pago acompáñame, que yo no lo puedo hacer todo, y antes alcánzame aquella servilleta que está en el vasar.

Me empiné, tiré de la servilleta y se me vino encima un vaso lleno de vino que me puso perdida la pechera de la camisa. ¿Qué le diría yo á mi tía? ¿Cómo explicar aquella mancha? Rosita me secó lo mejor que pudo y se dejó besar otra vez, diciendo:

—Eso no es nada. ¿No escuchas cómo grita? Vamos.

—¿A la alcoba?

Si yo no conozco á la madrina.

—No importa; yo te presentaré.

Fuimos, Rosita delante con la cataplasma extendida en un plato; yo, detrás con la palmatória.

—Ten paciencia; si con esto se calma... ¡qué simpáticos eres!

Jamás he deseado con tanto fervor la salud del prójimo.

La alcoba estaba bien puesta y tan





limpia como el resto de la casa. Rosita, sin cuidarse de presentarme ni de avisar, tiró del embozo de la cama, y sobre sus blancas sábanas vi dibujarse, como visión apocalíptica, el cuerpo pariluzco, largo y huesoso de la madrina. Luego me he dado cuenta de á quién se parecía aquella respetable anciana: era, salvo el sexo, un retrato del Dante; semejava una escultura en nogal mal tallado. Entre Rosita y yo pusimos la cataplasma sobre aquel vientre sólo comparable, por lo negruzco y plegado, al fuelle de un acordeón. La madrina me dirigió una mirada compasiva, y me dijo sonriendo entre dos muecas de dolor:

—Mocito... ¡vaya un festival que le estoy á usted dando!

Pasado largo rato, comenzaron á calmársele los dolores, y nosotros dos nos fuimos al gabinete cuando ya penetraba el claror del día por entre las rendijas de los balcones. Ni ella ni yo nos acordamos del jamón y los pasteles: lo que tentamos ante los ojos era la cataplasma. Rosita, rendida y ojerosa, se dejó caer sobre una butaca; intenté reanimarla, pero fué en vano. También yo estaba muerto de fatiga. Ya no me hacían efecto las redondeces del hermoso cuerpo de Rosita, modeladas por la tela de la bata; ya no me decían nada aquellos piecitos calzados con tanta coquetería, ni aquel cuello cubierto por los mechones de rizos destrenzados. Además, en una iglesia cercana comenzaron á tocar llamando á misa de alba; es decir, mi tía estaría ya levantada, y me vería llegar á tales horas, pálido, ojeroso, cansado y con la pechera manchada de vino. ¡Cualquiera le quitaba de la cabeza que yo había pasado la noche en una cena cupidinesca y licenciosa!

—Véte, por Dios, monín; yo te indemnizaré, yo te recompensaré; pero estoy muerta... Véte.

La besé friamente y eché escaleras abajo, triste, meditabundo,

como un rey destronado. En el camino me crucé con las burras de leche, con los barrenjeros, con las buñoleras que iban á sus puestos, con los carros de verdura que acudían á los mercados, con los serenos que se retiraban; el de mi calle se había marchado. Ni hacía falta, porque mi respetable tía me esperaba con el picaporte en la puerta de la calle.

—Toma el llavín— me dijo con acento solemne;— luego arreglaremos cuentas... ¡Jesús bendito, qué peche-

ra! ¡De dónde vendrá este chico! ¡Cochino, sinvergüenza, perdido, malas costumbres!

Erguí con dignidad la cabeza y repuse:

—¡Vengo de velar á un enfermo!

JACINTO O. PICÓN.

## EL SEÑOR NOÉ

De un libro singular que casualmente me encontré el otro día y al *Arca de Noé* se refería, copio, sin comentarios, lo siguiente: «¡Qué afanado se hallaba nuestro apreciable abuelo desplegando solícito su celo en pro de aquella tropa que llevaba! El día se pasaba suavizando asperezas, procurando que existiera entre todos armonía y atendiendo y curando al que alguna dolencia padecía.

Mas como había tanto animalucho y los cuidaba... ucho, pues si alguno moría su casta sin remedio se perdía, el infeliz Noé no descansaba, dándole de comer á la pantera, consolando á la pava, regañando á la ardilla por ligera, poniendo cataplasmas á la hormiga siempre que se le hinchaba la barriga,

buscando hierba para darle al grillo, capeando al novillo, rascándole el picajito á la coltura, dando duchas al pato y consejos morales á la zorra, estando al quite cuando astuto el gato daba al pobre ratón algún mal rato, extrayendo una muela al cocodrilo con el alma en un hilo, invitando á la pulga hora tras hora á chuparle la sangre á su señora para que ni un momento le faltara el sustento, separando al corcel y á la borrica, dando á la oruga sazónados frutos y cada dos minutos mandando á la paloma á la botica (por ser para recados la más pronta), hasta que una mañana se armó un cisco porque en vez de raíz de malvabisco trajo un ramo de oliva la muy tonta.

Al fin se vió Noé tan apurado, tan harto de luchar y tan cansado, que exclamó:—¡Basta, basta!... ¡Ya no quiero hacer más!... ¡Venga la bota, que la voy á dejar sin una gota! Y á la luz de la luna se bebió media arroba en un instante, pescó una papalina *espumante*, y no se apercebíó de cosa alguna!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

## BALADA

(QUE PODÍA HABER SIDO ESCOCESA Y SE HA QUEDADO EN CURSÍ)

Ya me he convencido de que no me quieres, adorable rubia de los ojos verdes.

Y aunque de vosotras dicen tantas pestes los que están cansados de tratar mujeres, ha sido preciso para convencerme resistir desaires y sufrir desdenes, que pretextos busques y que ofensas sueñes... Y, aunque ya sabía que el final es ése, las angustias siento de agonía y muerte, ¡con la sola idea de que no me quieres, adorable rubia de los ojos verdes.

El ligero soplo de la brisa tenue arrancó las hojas de su tallo endeble, y á quejarse tristes en mi torno vienen cuando se abarquillan, cuando se retuercen, cuando en remolinos por el aire ascienden. En el campo yermo las semillas duermen

y quedó el rastrojo donde había mieses. El gañán, cantando, de su coto vuelve y pesares hondos sus cantares tienen, y las densas nubes en el Occidente teñidas y envueltas en sangre parecen... ¡Qué triste es otoño... cuando no me quieres, adorable rubia de los ojos verdes!

Nunca más el árbol delicado y débil que mi amor cuidaba con afán creciente volverá á dar flores como dió otras veces, aunque haya en los prados alfombras de césped y en el huerto rosas y en el campo mieses. Nunca más tus brazos me abrirá la suerte ni en miradas dulces hallaré el deleite, pero aunque me ofendas y aunque me desprecies... ¡no podrás privarme de adorarte siempre, mi embustera rubia de los ojos verdes!

SINESIO DELGADO.

## CHISMES Y CUENTOS

En el número anterior se nos escapó un *laprus* de primera clase. Y es que con esto de los preparativos del centenario no sabe uno dónde tiene la cabeza.

Verán ustedes:

Al pie de la caricatura de D. José de la Serna dijimos: «nos da las pruebas constantemente en los *Perfiles* de *El Imparcial*»

Y no hay tales carneros, porque donde nos da las pruebas constantemente es en las *Misceláneas* del susodicho periódico, y no en los *Perfiles*, que no corren á su cargo.

El caso es que confundimos las *Misceláneas* con los *Perfiles*... y que quisimos decir *Misceláneas*.

Y que ahora mismo se está deshaciendo el error como la sal en el agua.

MADRID, 1892.—Tipografía de MANUEL G. HERNÁNDEZ, impresor de la Real Casa. Libertad, 16 duplicado, bajo.

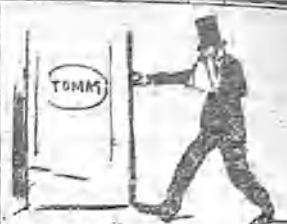
ANUNCIOS



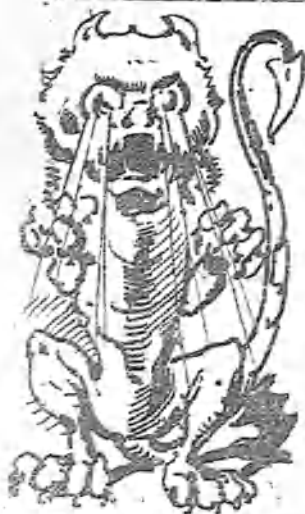
Añis del MADRID CÓMICO de clase superior. ¡No le hay más económico, más limpio ni mejor!  
Vicente Lóbez.—Zaragoza.



—¿A que no saben ustedes por qué se ha cebado el cólera en Rusia? ¡Porque no tuvieron la precaución de acostar al primer atacado en una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, núm. 11... Se hubiera puesto bueno inmediatamente. Para otra vez ya lo sabe el czar.



—¿Quisiera se muera tu abuelo y quieras hallar consuelo para tu dolor, te vas a que te corten el pelo en el salón de Tomás.  
Tomás.  
Calle, 40.



Espantoso dragón que, según el Apocalipsis, se tragará vivos a todos los que no hayan usado pantalones de Pesquera.  
Magdalena, 20.



Premio que aguarda, según el mismo libro sagrado, a todos los que hayan probado el cognac fino de Moquer.  
Sobrinos de Guinea.  
Carretas, 27.



Así salen de los exámenes los estudiantes que han tenido la precaución de abonarse al restaurant Las Tullerías, huyendo de las casas de huéspedes.  
Matute, 6.



Y así acaban generalmente los que, padeciendo de las muelas, no se ponen en manos de Tirso Pérez.  
Mayor, 73.



Se recrean los pollos más elegantes con las fotografías interesantes.  
Calleja, 50 céntimos en sellos. Dirigido a The Publishing Office.—Amsterdam.



GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS  
MARCA REGISTRADA  
JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES



—¿Qué vas a presentar en la próxima Exposición?  
—Yo un paisaje de Asturias.  
—Yo una camisa de Martínez, que por fuerza se tiene que llevar el premio.  
San Sebastián, 2.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ A CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID